

Reflexión y crítica

Sin nombre

Emmanuel Levinas

¿Qué es lo más básico en el hombre? Aquello que puede resistir, sin quebrantarse, aun en un campo de concentración. Esto sólo sucede con la verdadera vida interior, que no es un pensamiento piadoso o revolucionario, sino la obligación de amparar toda la humanidad del hombre en el camarote, expuesto a todos los vientos de la conciencia.

La sangre no ha dejado de correr desde el final de la guerra. Racismo, imperialismo, explotación siguen ejerciéndose sin piedad. Las naciones y los hombres se exponen al odio, al desprecio; temen la miseria y la destrucción.

Pero, al menos, las víctimas saben adónde dirigir las miradas que se apagan. Sus espacios desolados pertenecen a un mundo. De nuevo existe una opinión indiscutida, unas instituciones indiscutibles y una Justicia. En los discursos, los escritos y las escuelas, el bien se ha unido al Bien de todas las latitudes, y el mal se ha convertido en el Mal de todos los tiempos. La violencia ya no se atreve a decir su nombre. Lo que fue único entre 1940 y 1945 fue el abandono. Uno muere siempre solo y por doquier las desgracias son desesperadas. Y entre los solos y los desesperados, las víctimas de la injusticia son, siempre y por doquier, las más desoladas y las más solas.

Pero, ¿quién dirá la soledad de las víctimas que morían en un mundo cuestionado por los triunfos hitlerianos, en el que el Mal, seguro de su excelencia, ni siquiera necesitaba disfrazarse? ¿Quién dirá la soledad de quienes pensaban estar muriendo al mismo tiempo que la Justicia, en una época en la que los juicios titubeantes sobre el bien y el mal no hallaban criterio alguno a no ser en los pliegues de la conciencia subjetiva, a la que no llegaba ningún signo de fuera?

Interregno o fin de las instituciones, o como si el ser mismo se hubiera quedado en suspenso. Nada era ya oficial. Nada era objetivo. No se producía ni el menor manifiesto sobre los derechos del Hombre. ¡Ninguna “protesta intelectual de izquierdas”! ¡Ausencia de toda patria, toda Francia

“Sin nombre” apareció en la revista “Les Nouveaux Cahiers” (nº 6, 1966), y recogido después en el libro *Noms propres* (Fata Morgana, 1976).

de permiso! ¡Silencio de toda Iglesia! Ninguna camaradería era segura. ¡Así que esto era lo de los “desfiladeros estrechos” del primer capítulo de las *Lamentaciones*: “Nadie que consuele”, y la queja del ritual del Kippur: “*Ni sumo sacerdote para ofrecer sacrificios, ni altar en que depositar nuestros holocaustos!*”.

Hace más de un cuarto de siglo, nuestra vida se interrumpió y, sin duda, la historia misma. Ninguna medida venía ya a contener las cosas desmedidas. Cuando se tiene este tumor en la memoria, veinte años no pueden suponer cambio alguno. Qué duda cabe de que la muerte anulará pronto el injustificado privilegio de haber sobrevivido a seis millones de muertos. Y si, durante este plazo de gracia, las ocupaciones o las diversiones de la vida la colman de nuevo; si todos los valores despreciados —o antediluvianos— recuperan su valor; si todas las palabras que se consideraban lenguas muertas reaparecen en la prensa diaria y en los libros; si muchos derechos caducos encuentran de nuevo instituciones y fuerza pública para protegerlos, sin embargo, nada ha podido llenar, ni siquiera recubrir, el abismo abierto. De los recovecos de nuestra dispersión cotidiana, volvemos a él casi con la misma frecuencia, y el vértigo que nos sobrecoge al borde suyo es siempre el mismo.

¿Hay que obstinarse en arrastrar hasta ese vértigo a una humanidad cuya memoria no está enferma de sus propios recuerdos? ¿Y a nuestros hijos, que nacieron tras la Liberación y que ya pertenecen a esa humanidad? Por lo demás, ¿podrán ellos comprender esa sensación de caos y de vacío?

Más allá de la incomunicable emoción de esa Pasión en la que todo se consumió, ¿qué enseñanza debemos y podemos transmitir veinte años después? ¿Recordar otra vez el difícil destino judío y nuestra nuca tiesa? ¿Exigir una justicia sin pasión ni prescripción y desconfiar de una humanidad cuyas instituciones y técnicas son las únicas en condicionar el progreso? Por supuesto. Pero quizá quepa extraer de la experiencia concentracionaria y de esa clandestinidad judía que la dotaba de ubicuidad, tres verdades transmisibles y necesarias a los hombres nuevos.

La primera verdad sería ésta: para vivir humanamente, los hombres precisan de infinitamente menos cosas que las magníficas civilizaciones en las que viven. Se puede prescindir de comida y de reposo, de sonrisas y de efectos personales, de decencia y del derecho de echar la llave del propio cuarto, de cuadros y de amigos, de paisajes y de exención del trabajo por enfermedad, de introspección y de confesión cotidianas. No se necesita de imperios ni de púrpura ni de catedrales ni de academias ni de anfiteatros ni de carros ni de corceles: todo ello constituía nuestra vieja experiencia de judíos. Más que todos los otros síntomas, el rápido deterioro de todas las formas entre 1939 y 1945 recordaba la fragilidad de nuestra asimilación. En ese mundo en guerra, olvidadizo de las propias leyes de la guerra, se volvió bruscamente manifiesta la relatividad de todo lo que parecía indispensable desde nuestro acceso a la ciudadanía. En aquel momento, regresamos al desierto, a un espacio sin paisaje o a un espacio hecho nada más que para

contenernos —como la tumba—; volvimos al espacio-receptáculo. También eso es el ghetto, y no sólo separación del mundo.

Pero —segunda verdad, que también coincide con una antigua certeza y una antigua esperanza—, en las horas decisivas en las que se revela la caducidad de tantos valores, toda la dignidad humana consiste en creer en que dichos valores retornarán. El supremo deber cuando “todo está permitido” consiste en sentirse ya responsables de esos valores de paz. No concluir, en el seno del universo en guerra, que las virtudes guerreras son las únicas sólidas; no complacerse en la situación trágica de las virtudes viriles de la muerte y el asesinato desesperado; no vivir peligrosamente más que para apartar los peligros y para regresar a la sombra de la propia viña y la propia higuera.

Pero —tercera verdad—, nos es preciso en adelante, en la inevitable recuperación de la civilización y de la asimilación, enseñarles a las generaciones futuras la fuerza necesaria para ser fuerte en el aislamiento, así como todo lo que una frágil conciencia está llamada a contener en esos momentos. Recordando la memoria de quienes, no judíos y judíos, supieron comportarse en pleno caos, sin siquiera conocerse ni verse, como si el mundo no hubiera sido desintegrado; recordando la Resistencia de los maquis, es decir, precisamente la que no tenía más fuente que sus propias certidumbres y su intimidad, es preciso —a través de recuerdos tales— abrir un nuevo acceso hacia los textos judíos y restituir a la vida interior un nuevo privilegio. La *vida interior*: uno casi siente vergüenza de pronunciar, ante tantos realismos y tantos objetivismos, esta palabra irrisoria.

La condición judía.

Cuando los templos están en pie, cuando las banderas ondean en los palacios y los magistrados ciñen su fajín, las tempestades que estallan dentro de los cráneos no amenazan con ningún naufragio. Quizá no sean más que los remolinos que las brisas del mundo provocan alrededor de las almas bien ancladas en su bahía. La verdadera vida interior no es un pensamiento piadoso o revolucionario que llegue a nosotros en el interior de un mundo bien asentado, sino la obligación de amparar toda la humanidad del hombre en el camarote, expuesto a todos los vientos, de la conciencia. Y no cabe duda de que es una locura aspirar a la tempestad por ella misma, como si “en la tempestad residiera el reposo” (Lermontov). Por el contrario, el riesgo que corre el honor del hombre consiste en que la humanidad instalada pueda, en cualquier momento, exponerse a la peligrosa situación en la que su moral dependa enteramente de un “fuero interior”, en que su dignidad esté a merced de los murmullos de una voz subjetiva y haya dejado de reflejarse y de confirmarse en orden objetivo alguno. *Y bien puede suceder que sea este riesgo lo que quiere significar el hecho mismo de que, en el seno de la humanidad, se constituya la condición judía.* El judaísmo es la

humanidad al borde de la moral sin instituciones.

No estamos diciendo que la condición judía constituya también una garantía contra ese riesgo. Pueblo como todos los pueblos, deseoso —también él— de conocer las voces de su conciencia registradas en una civilización imperecedera; pueblo más viejo, más escéptico, más buscador que los demás, que se pregunta, antes que los otros, si esas voces no son ya el eco de un orden histórico que las desborda. Pueblo ávido de felicidad, igual que los demás pueblos, y amante del dulce sabor de la vida. Pero, por una extraña elección, pueblo tan condicionado —y, con ello, situado entre las naciones (¿qué es esto: metafísica o sociología?)— que se expone a encontrarse de nuevo, de un día para otro y sin aviso previo, en la desolación de su exilio, de su desierto, de su ghetto o de su campo de concentración —barridos todos los esplendores de la vida como si fuesen oropeles, el Templo en llamas, los profetas sin visión—; reducido a la moralidad interior que el universo desmiente. Pueblo expuesto —incluso en plena paz— al dicho antisemita, pues es un pueblo capaz de percibir en ese dicho un silbido inaudible al oído común. Y un viento glacial atraviesa entonces los cuartos aún decentes o lujosos, arranca los tapices y los cuadros, apaga las luces, resquebraja las paredes, hace jirones los vestidos y trae los aullidos y alaridos de muchedumbres sin piedad. Verbo antisemita sin par, ¿es injuria como las demás injurias? Verbo exterminador por el que el Bien que se gloria de Ser regresa a la irrealidad y, encogido, se repliega al fondo de una subjetividad, cual idea transida y temblorosa. Verbo que revela a la Humanidad entera, por medio de un pueblo —elegido para hacérsela entender—, una desolación nihilista que ningún otro discurso alcanzaría a sugerir. Esta elección es, sin duda, una desgracia.

Pero esa condición en la que la moral humana, después de tantos siglos, retorna a algo así como a su matriz da testimonio —con un testamento muy antiguo— de un origen anterior a las civilizaciones. Civilizaciones hechas posibles por esa moral, que las apela, suscita, saluda y bendice, si bien ella se pone a prueba y se justifica sólo si es capaz de resistir en la fragilidad de la conciencia, en “los cuatro codos de la Halajá”, en esa morada precaria y divina.

[Traducción de Jesús María Ayuso Díez]